

Capítulo 1

UN PAÍS EXTRANJERO

El pasado es un país extranjero: allí hacen las cosas de otra manera.

L. P. HARTLEY

Si el pasado es un país extranjero, es uno terriblemente violento. Es fácil olvidar lo peligrosa que solía ser la vida, hasta qué punto en otro tiempo la brutalidad estaba entretejida con la existencia diaria. La memoria cultural pacifica el pasado, y nos deja recuerdos pálidos cuyos sangrientos orígenes han sido blanqueados. Una mujer con una cruz al cuello rara vez es consciente de que este instrumento de tortura era un castigo habitual en el mundo antiguo; una persona que habla de un «chivo expiatorio» tampoco tiene presente la vieja costumbre de azotar a un niño inocente cuando un príncipe había sido revoltoso. Estamos rodeados de señales que revelan el depravado estilo de vida de nuestros antepasados, pero apenas somos conscientes de ello. Igual que viajar expande la mente, un recorrido por nuestro patrimonio cultural puede hacernos ver lo distintas que eran las cosas en el pasado.

En un siglo que comenzó con el 11 de septiembre, Irak y Darfur, la afirmación de que vivimos en una época excepcionalmente pacífica acaso nos parezca entre alucinatoria y obscena. Por conversaciones y estudios sé que la mayoría de las personas se niegan a creerlo.¹ En capítulos subsiguientes lo argumentaré con fechas y datos. Pero primero quiero ablandar al lector recordándole hechos incriminatorios del pasado que conocemos desde siempre. No se trata simplemente de un ejercicio de persuasión. Los científicos suelen validar sus conclusiones enfrentándolas a un muestreo de fenómenos del mundo real para estar seguros de no haber pasado por alto algún fallo en los métodos que les hayan conducido a una conclusión absurda. Las historias que ilustran este capítulo permiten comprobar la validez de los datos.

Lo que sigue es una visita al país extranjero llamado *pasado*, desde el año 8000 a.C. hasta la década de 1970. No se trata de un amplio recorrido por las guerras y atrocidades cuya violencia todavía conmemoramos, sino más bien un recorrido a través de hitos históricos engañosamente familiares para recordar la ferocidad que esconden. El pasado no es un único país,

desde luego, sino que abarca una inmensa diversidad de culturas y costumbres cuyo denominador común es el impacto que causa que nuestros predecesores soportaran, e incluso aceptaran, un ambiente de violencia que hiere la sensibilidad del occidental medio del siglo XXI.

LA PREHISTORIA HUMANA

En 1991, en los Alpes tiroleses, dos excursionistas se tropezaron con un cadáver que asomaba de un glaciar que se está derritiendo. Pensando que había sido víctima de un accidente de esquí, los servicios de rescate sacaron el cuerpo del hielo valiéndose de un martillo neumático, con lo que le dañaron el muslo y su morral. Sólo cuando un arqueólogo descubrió un hacha de cobre del Neolítico se cayó en la cuenta de que aquel hombre había vivido hacía cinco mil años.²

Ötzi, el Hombre del Hielo, como se le llama ahora, se convirtió en una celebridad. Apareció en la cubierta de la revista *Time* y ha sido el tema de numerosos libros, documentales y artículos. Desde el hombre de 2000 años de Mel Brooks («Tengo más de 42.000 hijos y ninguno viene a visitarme») ningún *kilogenario* ha tenido tanto que contarnos sobre el pasado. Ötzi vivió en un momento clave de la prehistoria: la transición de la caza y la recolección a la agricultura, y de las herramientas de piedra a los primeros utensilios metálicos. Junto con el hacha y la mochila, llevaba un carcaj de flechas, un puñal con mango de madera, y un ascua envuelta en corteza, que constituía un complejo kit para encender fuego. Lucía una gorra de piel de oso sujeta con una correa de cuero, unas calzas cosidas de pellejo animal, y unos zapatos de nieve impermeables hechos de cuero y cáñamo y protegidos con hierba. Tenía tatuajes en sus articulaciones artríticas, quizás una señal de acupuntura, y llevaba consigo setas con propiedades medicinales.

Diez años después del hallazgo del Hombre del Hielo, un equipo de radiólogos hizo un descubrimiento asombroso: Ötzi tenía incrustada una punta de flecha en el hombro. No se había caído en la grieta de un glaciar para morir allí congelado, como se supuso al principio: había sido asesinado. El examen del cuerpo por parte de la policía científica del Neolítico sacó a la luz las principales características del crimen. Ötzi tenía cortes no curados en las manos y heridas en el pecho y la cabeza. En los análisis de ADN se detectaron rastros de sangre de otras dos personas en una de las puntas de flecha, de una tercera en el puñal, y de una cuarta en la capa.

Según una posible reconstrucción, Ötzi pertenecía a un grupo de asalto que se topó con una tribu vecina. Él mismo mató a un hombre con una flecha, la recuperó, quitó la vida a otro hombre, volvió a recuperar la flecha, y cargó a la espalda un compañero herido antes de esquivar un ataque; finalmente, él mismo fue también derribado por una flecha.

Ötzi no es el único hombre milenario que llegó a ser una celebridad científica a finales del siglo xx. En 1996, los espectadores de una carrera de hidroaviones en Kennewick, Washington, observaron unos huesos que asomaban en una orilla del río Columbia. Enseguida, los arqueólogos sacaron el esqueleto de un hombre que había vivido hacía 9.400 años.³ El Hombre de Kennewick pronto se convirtió en objeto de batallas científicas y legales muy publicitadas. Varias tribus de indios americanos lucharon por la custodia del esqueleto y el derecho a enterrarlo conforme a sus tradiciones, pero un tribunal federal denegó sus peticiones señalando que ninguna cultura humana ha tenido una existencia ininterrumpida durante nueve milenios. Cuando se reanudaron los estudios científicos, los antropólogos se quedaron intrigados al ver que el Hombre de Kennewick era, desde el punto de vista anatómico, muy diferente de los indios americanos actuales. Según un informe, los rasgos eran europeos; según otro, se asemejaban a los de los ainos, los habitantes aborígenes de Japón. Cualquiera de las dos posibilidades daba a entender que varias migraciones independientes habían poblado América, lo que contradice las pruebas de ADN de que los indios americanos descienden de un solo grupo de inmigrantes procedente de Siberia.

Así pues, por muchas razones, el Hombre de Kennewick se ha convertido en objeto de fascinación entre los que sienten curiosidad científica. Y he aquí otra: en la pelvis del Hombre de Kennewick se conserva un proyectil de piedra. Aunque el hueso se había curado en parte, y por lo tanto no lo mató esa herida, el dato forense es inequívoco: había recibido un disparo.

Se trata sólo de dos ejemplos de restos prehistóricos famosos que han dado pie a truculentas noticias sobre el final que tuvieron sus propietarios. Muchos visitantes del Museo Británico se quedan cautivados por el Hombre de Lindow, un cuerpo de dos mil años casi perfectamente conservado, descubierto en 1984 en una turbera inglesa.⁴ No sabemos cuántos hijos suyos lo visitaron, pero sí cómo murió. Su cráneo había sido fracturado con un objeto romo, una cuerda enroscada le había roto el cuello y, para asegurarse, le habían degollado. El Hombre de Lindow quizá fue un druida sacrificado de forma ritual de tres maneras para satisfacer a tres dioses.

Muchos otros hombres y mujeres hallados en ciénagas del norte de Europa muestran señales de haber sido estrangulados, apaleados, acuchillados o torturados.

Solo en un mes, mientras investigaba para este libro, me encontré con dos nuevas historias sobre restos humanos increíblemente bien conservados. Uno es un cráneo de dos mil años desenterrado de un enlodado pozo del norte de Inglaterra. El arqueólogo que lo estaba limpiando notó que algo se movía, miró por la abertura de la base y vio dentro una sustancia amarilla que resultó ser un cerebro. Una vez más, el extraordinario estado de conservación no era el único rasgo destacable del hallazgo. El cráneo estaba seccionado del cuerpo, indicio de que el hombre había sido víctima de un sacrificio humano.⁵ El otro descubrimiento fue una tumba de 4.600 años de antigüedad, en Alemania, que contenía los restos de un hombre, una mujer y dos niños. Los análisis de ADN revelaron que formaban parte de un mismo núcleo familiar, el más antiguo conocido por la ciencia. Los cuatro habían sido enterrados a la vez, señal, para los arqueólogos, de que habían muerto en un asalto.⁶

¿Qué pasa con los hombres prehistóricos que no podían legarnos un cadáver interesante sin recurrir al juego sucio? Algunos casos quizá tengan una explicación inocente basada en la tafonomía, los procesos en virtud de los cuales algunos cuerpos se conservan durante largos períodos de tiempo. Tal vez al final del primer milenio, los únicos cadáveres que acabaron en ciénagas, en maceración para la posteridad, fueron los de individuos sacrificados de forma ritual. Sin embargo, en la mayoría de los cuerpos no tenemos motivos para pensar que se conservaron sólo por haber sido asesinados. Más adelante, examinaremos los resultados de investigaciones forenses que distinguen entre cómo murió un cuerpo en épocas remotas y cómo ha llegado hasta nosotros. De momento, los restos prehistóricos transmiten la clara impresión de que el Pasado es un lugar en el que la probabilidad de sufrir algún daño físico era alta.

LA GRECIA HOMÉRICA

Nuestro conocimiento de la violencia prehistórica es incompleto, puesto que depende de que ciertos cuerpos fueran casualmente embalsamados o se fosilizaran de manera fortuita. Pero una vez que empezó a difundirse la escritura, los antiguos nos dejaron mejor información acerca de cómo llevaban sus asuntos.

La *Iliada* y la *Odisea* de Homero son las primeras grandes obras de la literatura occidental y ocupan los puestos más altos en muchas guías de alfabetización cultural. Aunque estos relatos se sitúan en la época de la Guerra de Troya, en torno al año 1200 a.C., fueron escritos mucho después, entre el 800 y el 650 a.C., y se considera que reflejan la vida de las tribus y las comunidades del Mediterráneo oriental en ese período.⁷

En la actualidad, leemos a menudo que la guerra total, dirigida contra una sociedad entera y no sólo contra sus fuerzas armadas, es un invento moderno. Se ha culpado de la guerra total a la aparición de los estados-nación, a las ideologías universalistas y a las tecnologías que permiten matar a distancia. Sin embargo, si las descripciones de Homero son exactas (y cuadran con la arqueología, la etnografía y la historia), las contiendas en la Grecia arcaica eran tan totales como cualquiera de la era moderna. Agamenón explica al rey Menelao sus planes bélicos:

Menelao, mi hermano de buen corazón, ¿por qué estás tan preocupado por estos hombres? ¿Te trataron los troyanos con generosidad cuando permanecieron en tu palacio? No: no vamos a dejar ni uno vivo, ni los bebés en los vientres de sus madres —ni siquiera ellos deben vivir—. Todos deben ser aniquilados, y no ha de quedar nadie que piense en ellos ni derrame una lágrima.⁸

En su libro *The Rape of Troy*, el especialista en literatura Jonathan Gottschall analiza cómo se llevaban a cabo las guerras griegas:

Llevan a remo embarcaciones rápidas de poco calado hasta la playa, y saquean las comunidades costeras antes de que los vecinos puedan prestar apoyo defensivo. Por lo general, se mata a los hombres, se roba los animales de cría y otros bienes transportables, y se secuestra a las mujeres para que vivan entre los vencedores y realicen tareas sexuales y de servidumbre. Los hombres homéricos viven con la posibilidad de una muerte súbita y violenta, y las mujeres viven con miedo por sus hombres e hijos, y temerosas de ver velas en el horizonte que acaso vaticinen una nueva vida de violaciones y esclavitud.⁹

También solemos leer que las guerras del siglo xx fueron más destructivas que nunca porque se libraron con ametralladoras, artillería, bombarderos y otras armas de larga distancia, lo que evitaba a los soldados las inhibiciones naturales del combate cuerpo a cuerpo y les permitía matar sin piedad a un gran número de enemigos anónimos. Según este razonamiento, las armas de mano no son ni por asomo tan mortales como nuestros métodos bélicos de alta tecnología. Sin embargo, Homero describió gráfi-

camente los daños a gran escala que los guerreros de su época eran capaces de infligir. Gottschall ofrece una muestra de esas imágenes:

Abierto el cuerpo con una facilidad sorprendente por el frío bronce, sus contenidos se vierten en torrentes viscosos: porciones del cerebro aparecen en los extremos de temblorosas lanzas, hombres jóvenes se sujetan las vísceras con manos desesperadas, los ojos son arrancados o cortados del cráneo y brillan ciegos en el polvo. Puntas afiladas crean nuevas entradas y salidas en los cuerpos jóvenes: en el centro de la frente, en las sienes, entre los ojos, en la base del cuello, limpias a través de la boca o la mejilla para salir por el lado contrario, traspasando costados, entrepiernas, nalgas, manos, ombligos, espaldas, estómagos, pezones, pechos, narices, orejas y mentones. [...] Lanzas, picas, flechas, espadas, puñales y piedras codician el sabor de la carne y la sangre. La sangre es rociada y empañá el aire. Vuelan fragmentos de hueso. Se desborda el tuétano de muñones nuevos. [...]

Después de la batalla, la sangre fluye de mil heridas mortales o mutilantes, convierte el polvo en barro y hace crecer la hierba de la llanura. Hombres destrozados en el suelo por pesadas cuadrigas, sementales de cascos afilados, sandalias irreconocibles. Armas y armaduras llenan el campo de batalla. Hay cadáveres por todas partes, descomponiéndose, derritiéndose, un festín para perros, gusanos, moscas y pájaros.¹⁰

En el siglo XXI, sin duda se han producido violaciones de mujeres en tiempo de guerra, pero hace tiempo que esto se considera un crimen atroz que la mayoría de los ejércitos intentan evitar y el resto lo niegan o lo ocultan. Pero para los héroes de la *Iliada*, la carne femenina era un botín de guerra legítimo: se podía disfrutar de las mujeres, monopolizarlas y disponer de ellas a su antojo. Menelao emprende la Guerra de Troya cuando Helena, su esposa, es raptada. Agamenón provoca un desastre entre los griegos al negarse a devolver una esclava sexual a su padre, y cuando transige, se apodera de otra que pertenece a Aquiles, a quien compensa luego con veintiocho sustitutas. Por su parte, Aquiles ofrece esta sucinta descripción de su carrera: «He pasado muchas noches en blanco y muchos días sangrientos en la batalla, luchando contra hombres para conseguir a sus mujeres».¹¹ Cuando Ulises regresa con su esposa al cabo de veinte años, mata a los hombres que la cortejaban mientras todos creían que él estaba muerto, y cuando descubre que esos hombres habían tenido trato con las concubinas de la casa, ordena a su hijo que ejecute también a las concubinas.

Estos relatos de masacres y violaciones resultan inquietantes incluso para los estándares de los documentales bélicos modernos. Homero y sus

personajes sin duda deploraban la inutilidad de la guerra, pero la aceptaban como un hecho irremediable de la vida, como el tiempo que hace —algo de lo que todos hablan pero que nadie puede hacer nada al respecto—. Tal como afirma Ulises: «[Somos hombres] a quienes Zeus ha concedido el destino de consumir su vida en guerras dolorosas, desde la juventud hasta el momento de perecer, cada uno de nosotros». El ingenio de los hombres, aplicado tan hábilmente a las armas y la estrategia, resultó inútil para buscar las causas terrenales de la guerra. En vez de definir el azote de la guerra como un problema humano que los mismos seres humanos debían resolver, los hombres se inventaron una fantasía de dioses exaltados, a cuyos celos y locuras atribuyeron sus propias tragedias.

LA BIBLIA HEBREA

Como las obras de Homero, la Biblia hebrea (Antiguo Testamento) corresponde a finales del segundo milenio antes de Cristo, pero fue escrita más de quinientos años después.¹² Sin embargo, a diferencia de las obras de Homero, en la actualidad miles de millones de personas veneran la Biblia y la consideran la fuente de sus valores morales. Superventas mundial, la Biblia ha sido traducida a tres mil idiomas y está en las mesillas de noche de hoteles de todo el mundo. Los judíos ortodoxos la besan con sus mantones de rezo; en los tribunales americanos, los testigos hacen su juramento poniendo la mano encima. Incluso el presidente de Estados Unidos la toca cuando jura el cargo. No obstante, pese a toda esta veneración, la Biblia es una gran loa a la violencia.

Al principio, Dios creó el cielo y la tierra. Y creó al hombre del polvo de la tierra, e infundió en sus orificios nasales el aliento de vida; y el hombre se convirtió en un alma viva. Y Dios cogió una costilla de Adán, y de ella creó a la mujer. Y Adán llamó Eva a su esposa, porque era la madre de todo lo vivo. Y Adán conoció a Eva, su esposa, que concibió a Caín. Y también a Abel. Y Caín habló con su hermano Abel: y sucedió que, estando en el campo, Caín se levantó contra su hermano Abel y lo mató. Con una población mundial exactamente de cuatro personas, esto equivale a una tasa de homicidios del 25 %, aproximadamente mil veces más que los índices actuales de los países occidentales.

Tan pronto como los hombres y las mujeres comienzan a multiplicarse, Dios decide que son pecadores y que el castigo apropiado es el genocidio. (En un *sketch* cómico de Bill Cosby, un vecino pide a Noé una pista

de por qué está construyendo un arca. Noé contesta: «¿Cuánto tiempo puedes andar sobre el agua?».) Cuando la inundación se retira, Dios enseña a Noé su lección moral, a saber, el código de la *vendetta*: «El que derrame sangre de hombre, por el hombre su sangre será derramada».

La siguiente figura importante de la Biblia es Abraham, el antepasado espiritual de judíos, cristianos y musulmanes. Abraham tiene un sobrino, Lot, que se instala en Sodoma. Como los residentes practican el sexo anal y cometen otros pecados equiparables, Dios inmola a todos los hombres, mujeres y niños en un ataque divino con napalm. La mujer de Lot también es condenada a muerte porque ha cometido el crimen de volverse para ver el infierno.

Los valores morales de Abraham son sometidos a prueba cuando Dios le ordena llevar a su hijo Isaac a la cima de una montaña, atarlo, degollarlo y quemar su cuerpo como ofrenda al Señor. Isaac salva la vida sólo porque en el último momento un ángel detiene el brazo en alto de su padre. Durante milenios, la gente ha tratado de comprender por qué Dios insistió en esa horrenda prueba. Una interpretación posible es que intervino no porque Abraham hubiera superado el test, sino por todo lo contrario, pero esto resulta anacrónico; en aquel momento la virtud cardinal era la obediencia a la autoridad divina, no la veneración de la vida humana.

El hijo de Isaac, Jacob, tuvo una hija, Dinah. Dinah es raptada y violada —por lo visto era una forma habitual de cortejo en la época, pues luego la familia del violador se ofrece a comprarla a su familia como esposa de éste—. Los hermanos de Dinah explican que en esta transacción se interpone un importante principio moral: el violador no está circuncidado. Así que hacen una contraoferta: si todos los hombres del pueblo natal del violador se cortan el prepucio, Dinah les pertenecerá. Mientras los hombres están incapacitados debido a sus penes sangrantes, los hermanos invaden la ciudad, la saquean y la destruyen, matan a los varones y se llevan a las mujeres y a los niños. Cuando Jacob expresa su preocupación por si las tribus vecinas deciden atacarlos como venganza, sus hijos explican que el riesgo ha valido la pena: «¿Debía nuestra hermana ser tratada como una ramera?».¹³ Poco después reiteran su compromiso con los valores de la familia vendiendo a su hermano José como esclavo.

Los descendientes de Jacob, los israelitas, se abren camino hasta Egipto y llegan a ser demasiado numerosos para el gusto del faraón, así que éste los esclaviza y ordena matar a todos los niños varones al nacer. Moisés escapa del infanticidio masivo y, siendo ya mayor, exige al faraón que libere a su pueblo. Dios, que es omnipotente, habría podido ablandarle el cora-

zón, pero en vez de ello lo endurece, lo que le proporciona un motivo más para atormentar a los egipcios con dolorosos forúnculos y otros sufrimientos antes de matar a todos sus primogénitos. (La palabra Pascua [*Passover*, en inglés] alude al ángel exterminador que pasa por [*passover*] las casas con primogénitos israelitas.) A esta matanza, Dios añade otra al ahogar al ejército egipcio cuando persigue a los israelitas por el mar Rojo.

Los israelitas se congregan en el monte Sinaí y escuchan los Diez Mandamientos, el gran código moral que prohíbe esculpir imágenes y codiciar el ganado ajeno pero que tolera la esclavitud, la violación, la tortura, la mutilación y el genocidio de las tribus vecinas. Los israelitas se impacientan mientras aguardan que Moisés regrese con una serie de leyes con las que prescribirá la pena de muerte para la blasfemia, la homosexualidad, el adulterio, responder mal a los padres o trabajar el sábado. Para matar el tiempo deciden adorar la estatua de un ternero; el castigo resulta ser, como el lector habrá adivinado, la muerte. Siguiendo órdenes de Dios, Moisés y su hermano Aarón matan a tres mil de sus compañeros.

A continuación, Dios dedica siete capítulos del Levítico a dar instrucciones a los israelitas sobre cómo sacrificar el continuo flujo de animales que les demanda. Aarón y sus dos hijos preparan el tabernáculo para el primer oficio religioso, pero los hijos se equivocan y usan el incienso equivocado. Así que Dios los condena a morir abrasados.

Mientras los israelitas avanzan hacia la tierra prometida se encuentran con los midianitas. Obedeciendo órdenes de Dios, matan a los hombres, queman su ciudad, roban el ganado y aprisionan a las mujeres y los niños. Cuando vuelven con Moisés, éste se enfurece porque han perdonado la vida a las mujeres, algunas de las cuales habían inducido a los israelitas a adorar dioses rivales. Así, dice a sus soldados que completen el genocidio y se premien a sí mismos con esclavas sexuales núbiles que podrán violar cuando gusten: «Ahora, por tanto, matad a todo varón entre los pequeños, y matad a toda mujer que haya conocido hombre yaciendo con él. Pero a todas las niñas que no hayan conocido hombre yaciendo con él mantenedlas con vida para vosotros».¹⁴

En Deuteronomio 20 y 21, Dios proporciona a los israelitas una política global a todo riesgo para lidiar con ciudades que no los acepten como caciques: golpear a los hombres con el filo de la espada y secuestrar a las mujeres, los niños y el ganado. Claro que un hombre con una nueva y bella cautiva se enfrenta a un problema: como acaba de matar a sus padres y hermanos, quizá no esté de humor para el amor. Dios prevé este fastidio y sugiere la siguiente solución: el captor debe afeitarse la cabeza, cortarle

las uñas y encarcelarla en su casa durante un mes mientras ella llora desconsolada. Luego puede violarla.

Con un listado expreso de otros enemigos (hititas, amorreos, cananeos, perizitas, hivitas y jebuseos), el genocidio ha de ser total: «No debéis dejar vivo nada que respire: debéis destruirlos por completo [...] tal como el Señor vuestro Dios os ha ordenado».¹⁵

Josué pone esta directriz en práctica cuando invade Canaán y saquea la ciudad de Jericó. Después de derribar las murallas, sus soldados «destruyeron todo lo que había en la ciudad, hombres y mujeres, jóvenes y viejos, y bueyes y ovejas y asnos con el filo de la espada».¹⁶ Más tierra fue arrasada cuando Josué «devastó las colinas del país, y el sur y los valles y las fuentes, y mató a todos sus reyes: no dejó nada, sino que destruyó todo lo que respiraba, tal como le había ordenado el Dios de Israel».¹⁷

La siguiente fase en la historia de los israelitas es la era de los jueces o jefes tribales. El más conocido de ellos, Sansón, salta a la fama cuando en su banquete de bodas mata a treinta hombres porque necesita sus ropas para pagar una apuesta. Después, a fin de vengar el asesinato de su esposa y su padre, masacra a mil filisteos y prende fuego a sus cosechas. Tras escapar de unos captores, mata a otros mil con la quijada de un asno. Cuando al final lo apresan y le queman los ojos, Dios le da la fuerza para un atentado suicida similar al del 11-S, en el que hace implosionar un gran edificio, con lo que resultan aplastados los tres mil hombres y mujeres que celebraban un oficio religioso en su interior.

El primer rey de Israel, Saúl, crea un pequeño imperio, lo que le da la oportunidad de saldar una cuenta pendiente. Siglos antes, durante el éxodo de los israelitas de Egipto, los amalecitas los hostigaron, y Dios ordenó a los israelitas «aniquilar el nombre de Amalec». Así, cuando el juez Samuel unge a Saúl como rey, le recuerda a éste el decreto divino: «Ahora ve y mata a Amalec, y destruye por completo todo lo que tengan, y no les perdones: da muerte a hombres y mujeres, bebés y lactantes, bueyes y ovejas, camellos y asnos».¹⁸ Saúl cumple la orden, pero al enterarse de que ha perdonado la vida al rey Agag, Samuel se enfurece, por lo que a continuación «cortó a Agag en pedazos delante del Señor».

Al final, Saúl es derrocado por su yerno David, que absorbe las tribus meridionales de Judea y conquista Jerusalén, la nueva capital de un reino que durará cuatro siglos. David llegaría a ser famoso como cantor, escultor y narrador. Su estrella de seis puntas sería el símbolo de su pueblo durante tres mil años. Los cristianos también lo veneran como precursor de Jesús. Sin embargo, en las escrituras hebreas, David no es sólo el «dulce cantor

de Israel», el refinado poeta que toca el arpa y compone los Salmos. Tras adquirir notoriedad al matar a Goliat, David forma una banda de guerrilleros, extorsiona a los ciudadanos ricos a punta de espada y combate como mercenario con los filisteos. Estos logros hacen que Saúl sienta celos, ya que las mujeres de su corte cantan «Saúl ha matado a miles, pero David a decenas de miles». De modo que Saúl trama el asesinato de David,¹⁹ que escapa por los pelos antes de dar un golpe maestro.

Cuando llega a ser rey, David mantiene su bien merecida fama de matar por decenas de miles. Después de que su general Joab «arrasara el país de los hijos de Amón», David «sacó a las personas que estaban allí, y las cortó con sierras y con rastrillos de hierro y con hachas».²⁰ Por último, se las arregla para hacer *algo* que Dios considera inmoral: manda hacer un censo. Por este error, Dios castiga a David con la muerte de setenta mil de sus súbditos.

En la familia real, el sexo y la violencia van de la mano. Un día, mientras da un paseo por la azotea de palacio, David atisba furtivamente una mujer desnuda, Betsabé, y le gusta lo que ve, así que ordena que su esposo muera en combate y a ella la añade a su harén. Más adelante, uno de los hijos de David viola a otro y, como venganza, es asesinado por un tercero. El vengador, Absalón, reúne un ejército e intenta usurpar el trono de David teniendo relaciones sexuales con diez de sus concubinas. (Como de costumbre, no nos cuentan qué opinaban las concubinas al respecto.) Mientras huye del ejército de David, el cabello de Absalón se enreda en un árbol, y el general le clava tres lanzas en el corazón. Esto no pone fin a las riñas familiares. Betsabé engaña a un senil David para que unja como sucesor a Salomón, hijo de ambos. Cuando Adonijah, hijo mayor de David y heredero legítimo, protesta, Salomón ordena que lo maten.

Al rey Salomón se le atribuyen menos homicidios que a sus predecesores, y en cambio se le recuerda por haber construido el Templo de Jerusalén y escrito los libros de los Proverbios, el Eclesiastés y el Cantar de los Cantares (si bien con un harén de setecientas princesas y trescientas concubinas, sin duda no se pasaba todo el tiempo escribiendo). De él se recuerda sobre todo su virtud epónima, la justicia salomónica. Dos prostitutas que comparten habitación dan a luz con unos días de diferencia. Uno de los niños muere, y cada mujer afirma que el superviviente es hijo suyo. El sabio rey decide sobre la disputa sacando la espada y amenazando con cortar al niño en dos y entregarle a cada una una parte del cuerpo ensangrentado. Una mujer retira su reclamación, y Salomón le entrega el bebé. «Cuando Israel se enteró del veredicto del rey, todos se quedaron sobrecor-

gidos, pues veían que el rey tenía una sabiduría divina para administrar justicia». ²¹

Puede que el efecto distanciador de una buena historia nos haga olvidar la brutalidad del mundo en el que se produjo. Imaginemos que en la actualidad un juez de familia resolviera una disputa de maternidad sacando una motosierra y amenazando con descuartizar al niño frente a los contertulios. Salomón confiaba en que la mujer más humana (nunca se nos dice que ella fuera la madre) se manifestaría, y que la otra era tan mala que permitiría el descuartizamiento del bebé ante sus ojos —¡y estaba en lo cierto!—. Seguramente estaba preparado para, en caso de equivocarse, llevar a cabo la cruel acción y conservar su credibilidad. Por su parte, las mujeres debieron creer que su sabio rey era capaz de llevar a cabo ese espeluznante asesinato.

La Biblia describe un mundo que, visto con nuestros ojos, alberga una ferocidad asombrosa. La gente esclaviza, viola y mata a miembros de su familia más cercana. Los caudillos masacran civiles de forma indiscriminada, niños incluidos. Las mujeres se compran, venden y roban como si fueran juguetes sexuales. Y Yahvé tortura y aniquila a las personas por cientos de miles debido a desobediencias insignificantes o sin ningún motivo aparente. Estas atrocidades no son aisladas ni desconocidas. Involucran a los principales personajes del Antiguo Testamento, los mismos que los niños de la escuela dominical dibujan con lápices de colores. Y forman parte de una línea histórica continua que se extiende a lo largo de milenios, desde Adán y Eva hasta Noé, los patriarcas, Moisés, Josué, los jueces, Saúl, David, Salomón y aún más allá. Según el experto bíblico Raymund Schwager, la Biblia hebrea «contiene más de seiscientos pasajes que hablan explícitamente de naciones, reyes o individuos que atacan, destruyen o matan a otros. [...] Aparte de los aproximadamente mil versos en los que aparece el propio Yahvé como ejecutor directo de crueles castigos y de los numerosos textos en los que el Señor entrega el criminal a la espada castigadora, y en más de cien fragmentos Yahvé da la orden expresa de matar personas». ²² Matthew White, un autodenominado *atrocitólogo* que mantiene una base de datos con una estimación del número de víctimas mortales en los genocidios, las guerras y las masacres más importantes de la historia, cuenta más o menos 1,2 millones de muertes en matanzas masivas enumeradas específicamente en la Biblia. (Excluye el medio millón de víctimas en la guerra entre Judea e Israel descrita en las dos Crónicas 13 al considerar que el cómputo de cadáveres es poco convincente desde el punto de vista histórico.) Las víctimas del diluvio de Noé añadirían en torno a veinte millones al total. ²³

La buena noticia es que, naturalmente, la mayor parte de todo esto no ocurrió jamás. No sólo no hay pruebas de que Yahvé inundase el planeta e incinerase sus ciudades, sino que los patriarcas, los éxodos, las conquistas y el imperio judío son ficciones casi con toda seguridad. En los escritos egipcios, los historiadores no han hallado ninguna mención de la huida de un millón de esclavos (que difícilmente habría pasado inadvertida); tampoco los arqueólogos han encontrado pruebas, ni en las ruinas de Jericó ni en ciudades vecinas, de un saqueo acaecido en torno al año 1200 a.C. Y si al final del primer milenio antes de Cristo existió un imperio davídico que se extendía desde el Éufrates al mar Rojo, parece que nadie de la época se dio cuenta.²⁴

Los expertos bíblicos actuales han establecido que la Biblia es un *wiki*. Se recopiló a lo largo de medio milenio a partir de autores con diferentes estilos, dialectos, nombres de personajes y concepciones de Dios, y estuvo sometida a una edición azarosa que la dejó llena de contradicciones, repeticiones e incongruencias.

Las partes más antiguas de la Biblia hebrea seguramente tienen su origen en el siglo x a.C. Incluyen mitos sobre el origen de las ruinas y las tribus locales, así como códigos legales adaptados de civilizaciones vecinas en el Próximo Oriente. Los textos seguramente sirvieron como un reglamento de justicia de frontera para las tribus de la Edad de Hierro que apacentaban ganado y cultivaban la tierra en la periferia del sudeste de Canaán. Las tribus comenzaron a invadir los valles y las ciudades, de vez en cuando realizaban algún saqueo y acaso destruyeran una o dos ciudades. A la larga, toda la población de Canaán adoptó sus mitos, unificándolos con una genealogía compartida, una historia gloriosa, un conjunto de tabúes para impedir a sus miembros desertar e irse con los extranjeros, y un poder invisible para impedir que se mataran unos a otros. El primer borrador contenía un relato histórico continuo entre finales del siglo vii y mediados del vi a.C., cuando los babilonios conquistaron el reino de Judea y obligaron a sus habitantes a marchar al exilio. La versión final se concluyó tras su regreso a Judea en el siglo v a.C.

Aunque los relatos históricos del Antiguo Testamento son ficticios (o, en el mejor de los casos, reconstrucciones artísticas, como los dramas históricos de Shakespeare), ofrecen una perspectiva de la vida y los valores de las civilizaciones de Oriente Próximo a mediados del primer milenio antes de Cristo. Al margen de que los israelitas llevaran a cabo genocidios o no, desde luego creían que eran una buena idea. Nadie parecía contemplar la posibilidad de que una mujer tuviera un interés legítimo en no ser violada

ni adquirida como propiedad sexual. Los autores de la Biblia no veían nada malo en la esclavitud ni en los castigos crueles como dejar ciego, lapidar o despedazar a alguien. La vida humana no tenía valor alguno al lado de la obediencia irreflexiva a la costumbre y la autoridad.

Si el lector cree que, al revisar el contenido literal de la Biblia hebrea, estoy intentando poner en entredicho a los miles de millones de personas que hoy la reverencian, es que no ha entendido lo que intento explicar. La abrumadora mayoría de los judíos y los cristianos practicantes son, huelga decirlo, personas profundamente decentes que no aprueban el genocidio, la violación, la esclavitud ni la lapidación por infracciones nimias. Veneran la Biblia exclusivamente como un talismán. En los milenios y siglos recientes, la Biblia ha sido reinterpretada, metaforizada, sustituida por textos menos violentos (el Talmud entre los judíos y el Nuevo Testamento entre los cristianos), o discretamente ignorada. Y ésa es la cuestión: la sensibilidad hacia la violencia ha cambiado tanto que las personas religiosas actuales compartimentan su actitud ante la Biblia. La consideran de boquilla un símbolo de moralidad, pero obtienen su verdadera moral de principios más modernos.

EL IMPERIO ROMANO Y LOS PRIMEROS TIEMPOS DE LA CRISTIANDAD

Los cristianos quitan importancia a la iracunda deidad del Antiguo Testamento y se muestran partidarios de una nueva idea de Dios, ilustrada en el Nuevo Testamento (la Biblia cristiana) por su hijo Jesús, el Príncipe de la Paz. Amar a los enemigos y poner la otra mejilla constituye, sin duda, un avance con respecto a destruir todo lo que respira. Jesús, sin embargo, no descartaba el uso de imágenes violentas para garantizar la lealtad de sus feligreses. En Mateo 10: 34-37 leemos:

No penséis que he venido a traer paz a la Tierra; no he venido a traer paz sino una espada. Porque he venido para poner en disensión al hombre contra su padre, a la hija contra su madre, a la nuera contra su suegra. Y los enemigos del hombre serán los de su propia casa. El que ama a su padre o a su madre más que a mí no es digno de mí; el que ama a su hijo o a su hija más que a mí no es digno de mí.

No está claro qué planeaba hacer con esa espada, pero no hay pruebas de que golpeará a alguien con su filo.

Por supuesto, no hay pruebas directas de nada de lo que Jesús hiciera o dijera.²⁵ Las palabras que se le atribuyen fueron escritas décadas después de su muerte, y la Biblia cristiana, como la hebrea, está llena de contradicciones, historias no confirmadas e invenciones evidentes. Pero al igual que la Biblia hebrea nos ofrece una visión de los valores imperantes a mediados del primer milenio antes de Cristo, la Biblia cristiana hace lo propio con los dos primeros siglos después de Cristo. De hecho, en esa época la historia de Jesús no era única ni mucho menos. Diversos mitos paganos hablaban de un salvador engendrado por un dios, nacido de una virgen en el solsticio de invierno, rodeado de doce apóstoles zodiacales, sacrificado como chivo expiatorio en el equinoccio de primavera, enviado al otro mundo, resucitado en medio de enorme júbilo, y simbólicamente devorado por sus seguidores para alcanzar la salvación y la inmortalidad.²⁶

El telón de fondo de la historia de Jesús es el Imperio romano, el último en la serie de conquistadores de Judea. Aunque los primeros siglos de la cristiandad transcurrieron durante la Pax romana, la supuesta paz hay que entenderla en términos relativos. Era una época de expansión imperial implacable, que incluyó la conquista de Gran Bretaña y la deportación de la población judía de Judea tras la destrucción del Segundo Templo de Jerusalén.

El símbolo emblemático del imperio era el Coliseo, visitado hoy por millones de turistas y estampado en cajas de pizza en todo el mundo. En ese estadio, audiencias parecidas a las de la *Super Bowl* consumían espectáculos de crueldad masiva. Se ataba a estacas a mujeres desnudas, que eran violadas o destrozadas por animales. Ejércitos de prisioneros se masacraban unos a otros en combates simulados. Había esclavos que llevaban a cabo representaciones literales de relatos mitológicos de mutilación y muerte; por ejemplo, un hombre en el papel de Prometeo era encadenado a una roca, y un águila adiestrada le arrancaba el hígado. Los gladiadores luchaban hasta la muerte; nuestro gesto del pulgar hacia arriba o hacia abajo quizá provenga de las señales transmitidas por la multitud a un gladiador victorioso para decirle si debía dar o no el golpe de gracia a su adversario. Aproximadamente medio millón de personas sufrieron esas muertes angustiosas para proporcionar pan y circo a los ciudadanos romanos. El esplendor de Roma muestra la violencia del espectáculo bajo una óptica distinta (por no hablar de los «deportes de alto riesgo» o de la «muerte súbita»²⁷).

La forma de morir más famosa de Roma era, desde luego, la crucifixión, raíz de la palabra inglesa *excruciating* («atroz», «insoportable»). Cual-

quiera que haya mirado la fachada de una iglesia habrá pensado al menos por un momento en el indescriptible dolor que supondría estar clavado en una cruz. Los que tienen estómago pueden complementar su imaginación leyendo una investigación forense sobre la muerte de Jesucristo, basada en fuentes arqueológicas e históricas, que se publicó en 1986 en la *Journal of the American Medical Association* (JAMA).²⁸

Una ejecución romana empezaba con azotes al preso desnudo. Provistos de un látigo corto hecho de cuero trenzado con piedras afiladas incrustadas, los soldados romanos flagelaban la espalda, las nalgas y las piernas de la víctima. Según los autores de la JAMA, «las laceraciones destruían los músculos esqueléticos subyacentes y causaban la aparición de jirones temblorosos de carne sangrante». A continuación, se ataban los brazos del prisionero a una barra de treinta kilos, que debía llevar hasta algún lugar donde había un poste incrustado en tierra. Lo arrojaban sobre la desollada espalda y lo clavaban a la barra por las muñecas. (Contrariamente a las descripciones con las que estamos familiarizados, la carne de las palmas no aguanta el peso de un hombre.) Izaban la víctima al poste, al que también le clavaban los pies, normalmente sin apoyo alguno. La caja torácica del hombre estaba distendida por el peso del cuerpo tirando de los brazos, lo que le dificultaba respirar a menos que tirase de los brazos o empujara las piernas contra los clavos. Tras un suplicio que oscilaba entre tres o cuatro horas y tres o cuatro días, sobrevénía la muerte por asfixia y pérdida de sangre. Los verdugos podían prolongar la tortura apoyando el peso del cuerpo en un asiento, o acelerarla rompiéndole las piernas con un garrote.

Aunque me gusta pensar que nada humano me es ajeno, me es imposible ponerme en el lugar de los antiguos que idearon una orgía de sadismo como ésta. Incluso si estuviera custodiando a Hitler y pudiera imponerle el castigo que quisiera, jamás se me ocurriría infligirle una tortura así. No podría evitar estremecerme de compasión, no querría volverme el tipo de persona capaz de permitirse tal crueldad, y no le vería sentido alguno a aumentar las reservas mundiales de sufrimiento sin un beneficio acorde. (Incluso el objetivo práctico de disuadir a futuros déspotas —discurriría yo— se consigue más fácilmente maximizando las expectativas de que serán llevados a los tribunales que maximizando la dureza del castigo.) Sin embargo, en el país extranjero que llamamos pasado, la crucifixión era un castigo habitual. Fue inventada por los persas, traída a Europa por Alejandro Magno, y muy utilizada en los imperios mediterráneos. Jesús, condenado por agitación pública de poca importancia, fue crucificado junto

a dos ladrones comunes. El ultraje que la historia pretendía destacar no era que los delitos insignificantes estuvieran penados con la crucifixión sino que Jesús fue tratado como un insignificante criminal.

La crucifixión de Jesús nunca fue considerada a la ligera, desde luego. La cruz se convirtió en el símbolo de un movimiento que se extendió por el mundo antiguo, fue adoptada por el Imperio romano y, dos milenios después, sigue siendo el emblema más reconocible del mundo. La espantosa muerte que evoca debió de ser un meme especialmente poderoso. Pero alejémonos de nuestra familiaridad con el cristianismo y reflexionemos sobre el modo de pensar que intentaba dotar de sentido a la crucifixión. Para las sensibilidades actuales, es bastante macabro que un gran movimiento moral adopte como símbolo la representación gráfica de un medio horrible de tortura y ejecución. (Imaginemos que el logotipo de un museo del Holocausto fuera una boquilla de ducha, o que los supervivientes del genocidio de Ruanda creasen una religión en torno al símbolo del machete.) Es más, ¿cuál fue la lección que extrajeron de la crucifixión los primeros cristianos? En la actualidad, una atrocidad así podría impulsar a la gente a oponerse a regímenes brutales, o a exigir que esa clase de tortura no se volviera a infligir jamás a ninguna criatura viva. Sin embargo, éstas no fueron en absoluto las conclusiones que sacaron los primeros cristianos. Es más, la ejecución de Jesús es la Buena Noticia, un paso necesario en el episodio más maravilloso de la historia. Al permitir que se produjera la crucifixión, Dios hizo al mundo un favor incalculable. Aun siendo infinitamente poderoso, compasivo y sabio para perdonar a la humanidad el castigo por sus pecados (en concreto, el pecado de descender de una pareja que le había desobedecido), no se le ocurrió otra cosa que permitir que un hombre inocente (nada menos que su hijo) fuera empalado y se asfixiara en una lenta agonía. Al reconocer que este asesinato sádico era un regalo de la misericordia divina, las personas podían ganarse la vida eterna. Y si no veían la lógica de todo eso, su cuerpo se consumiría en el fuego durante toda la eternidad.

Según este modo de pensar, la muerte por tortura no es un horror inconcebible: tiene su lado amable. Es un camino hacia la salvación, una parte del plan divino. Como Jesús, los primeros santos cristianos encontraron un lugar junto a Dios al ser torturados hasta la muerte de ingeniosas maneras. Durante más de un milenio, los martirologios cristianos describieron estos tormentos con un deleite pornográfico.²⁹

He aquí algunos santos cuyos nombres, e incluso las causas de su muerte, son sobradamente conocidos. San Pedro, apóstol de Jesús y pri-

mer Papa, fue crucificado cabeza abajo. San Andrés, patrón de Escocia, murió en una cruz en forma de aspa, origen de las diagonales de la bandera del Reino Unido (la *Union Jack*). A san Lorenzo lo asaron vivo en una parrilla, detalle desconocido para la mayoría de los canadienses, que reconocen su nombre por el río, el golfo y uno de los dos principales bulevares de Montreal. El otro rinde homenaje a santa Catalina, que murió quebrada en la rueda, un castigo en el que el verdugo ataba a la víctima a una rueda de carro, le golpeaba los miembros con un mazo, amarraba el cuerpo destrozado pero vivo a los radios, y lo izaba a un mástil para que las aves lo picoteasen mientras la víctima fallecía lentamente de hemorragia y *shock*. (La rueda de Catalina, tachonada de pinchos, adorna el escudo de un *college* de Oxford que lleva su nombre.) Santa Bárbara, homónima de la hermosa ciudad de California, fue colgada cabeza abajo por los tobillos mientras los soldados le rasgaban el cuerpo con zarpas de hierro, le amputaban los pechos, le quemaban las heridas con hierros candentes y aporreaban su cabeza con garrotes llenos de púas. Y luego está san Jorge, patrón de Inglaterra, Palestina, la república de Georgia, los cruzados y los *Boy scouts*. Como Dios le hacía resucitar continuamente, Jorge fue torturado hasta la muerte varias veces. Le sentaron a horcajadas sobre una hoja afilada con pesos en las piernas, lo asaron en una hoguera, le perforaron los pies, lo aplastaron con una rueda llena de pinchos, le clavaron sesenta clavos en la cabeza, le derritieron grasa de velas en la espalda y, para terminar, serraron su cuerpo por la mitad.

El voyeurismo de los martirologios no fue utilizado para suscitar indignación ante la tortura sino para inspirar respeto ante la valentía de los mártires. Como en la historia de Jesús, la tortura era algo excelente. Los santos aceptaban de buen grado los tormentos porque el sufrimiento en esta vida sería recompensado con dicha en la próxima. El poeta cristiano Prudencio escribió de un mártir lo siguiente: «La madre estaba presente, mirando todos los preparativos para la muerte de su ser querido, y no mostraba señales de pena, más bien se alegraba cada vez que la cacerola humeante sobre madera de olivo quemaba y abrasaba a su hijo».³⁰ San Lorenzo llegaría a ser el patrón de los cómicos porque cuando estaba tendido en la parrilla de hierro dijo a sus torturadores: «Este lado ya está hecho, dadme la vuelta y tomad un bocado». Los torturadores eran hombres honestos, actores secundarios; si se les criticaba era porque estaban atormentando a «nuestros» héroes, no porque practicasen la tortura en sí misma.

Los primeros cristianos también ensalzaban la tortura como algo merecido por los pecadores. La mayoría de las personas han oído hablar de los

siete pecados capitales difundidos por el papa Gregorio I en 590 d.C. Pocos saben cuál es el castigo que tenían reservado en el infierno quienes los cometieran:

- Soberbia: quebrarlos en la rueda.
- Envidia: introducirlos en agua congelada.
- Gula: forzarles a comer ratas, sapos y serpientes.
- Lujuria: asfixiarlos en fuego y azufre.
- Ira: desmembrarlos vivos.
- Avaricia: meterlos en calderos de aceite hirviendo.
- Pereza: arrojarlos a un foso con serpientes.³¹

La duración de estas condenas era infinita, por supuesto.

Al santificar la crueldad, el primer cristianismo sentó un precedente para más de un milenio de tortura sistemática en la Europa cristiana. Si entendemos las expresiones *quemar en la hoguera*, *estar atormentado por el dolor*, *ser ahogado y descuartizado*, *destripar*, *desollar*, *apisonar*, *dar garrote*, *quemar a fuego lento* y *la doncella de hierro* (una estatua de metal hueca con formas femeninas cuyo interior estaba revestido de clavos, de la que tomó el nombre un grupo de heavy metal, Iron Maiden), estamos familiarizados con una parte de los brutales métodos aplicados a los herejes en la Edad Media y principios de la era moderna.

Durante la Inquisición española, los funcionarios eclesiásticos llegaron a la conclusión de que las conversiones de miles de antiguos judíos no eran efectivas. Para obligar a los conversos a confesar su apostasía disimulada, los inquisidores les ataban las manos a la espalda, los izaban por las muñecas, y los dejaban caer en una serie de violentas sacudidas, rompiéndoles los tendones y desencajándoles los brazos.³² A muchos otros los quemaban vivos, como a Miguel Servet por poner en duda la trinidad, a Giordano Bruno por creer (entre otras cosas) que la Tierra giraba alrededor del Sol, o a William Tyndale por traducir la Biblia al inglés. Galileo, quizá la víctima más famosa de la Inquisición, tuvo suerte: sólo le «enseñaron» los instrumentos de tortura (en concreto, el potro) y le concedieron la oportunidad de retractarse por «haber creído y defendido que el Sol es el centro del mundo y está inmóvil, y que la Tierra no es el centro y se mueve». En la actualidad, el potro de tortura aparece en tiras cómicas que muestran miembros estilizados y malos juegos de palabras («Ejercicios de estiramiento»; «¿Es una broma? Quien algo quiere, algo le cuesta»). Pero en aquella época no era para tomarlo a guasa. El escritor y viajero escocés William

Lithgow, contemporáneo de Galileo, describió cómo era ser torturado en el potro por la Inquisición:

Al accionar la palanca, la fuerza central de mis rodillas contra las dos tablas me partió por la mitad los tendones de los muslos, y las cápsulas de las rodillas acabaron aplastadas. Se me empezaron a salir los ojos de las órbitas, echaba espuma por la boca y me castañeteaban los dientes como el redoble de un tambor. Me temblaban los labios, gemía con vehemencia, y la sangre me brotaba de los brazos, manos, rodillas y tendones rotos. Tras liberarme de esos pináculos del dolor, me dejaron en el suelo con las manos atadas y esa incesante imploración: «¡Confiesa! ¡Confiesa!».³³

Aunque muchos protestantes eran víctimas de tales torturas, cuando gozaron de la posición dominante las infligieron con el mismo entusiasmo a otros, incluidas cien mil mujeres que, entre los siglos XV y XVIII, murieron quemadas en la hoguera acusadas de brujería.³⁴ Como sucede a menudo en la historia de la atrocidad, en los siglos posteriores se abordaron esos horrores de una manera desenfadada. En la cultura popular actual, por ejemplo, las brujas no son víctimas de tortura y reos de ejecución, sino traviesos personajes de historietas o desenvueltas hechiceras como Broom-Hilda, la bruja Hazel, Glinda, Samantha, y las hermanas Halliwell de *Embruajadas*.

La tortura institucionalizada en la cristiandad no era solo una costumbre irreflexiva; tenía fundamentos morales. Si uno cree de veras que no aceptar a Jesús como salvador supone un billete para el abrasador castigo eterno, torturar a una persona hasta que admita esta verdad equivale a hacerle el mayor favor de su vida: mejor unas horas ahora que la eternidad más adelante. Y acallar a una persona antes de que corrompa a otras, o convertirla en un ejemplo para disuadir a los demás, es una medida responsable de salud pública. San Agustín lo deja todo muy claro con un par de analogías: un buen padre evita que su hijo coja una serpiente venenosa y un buen jardinero corta una rama podrida para salvar el resto del árbol.³⁵ El sistema de selección lo había especificado el propio Jesús: «El que no permanece en mí es desechado y se seca, como las ramas que se recogen, se arrojan al fuego y se queman».³⁶

Una vez más, la clave de esta discusión no es acusar a los cristianos de aprobar la tortura y la persecución. En la actualidad, la mayoría de los cristianos devotos son personas completamente tolerantes y humanas, desde luego. Ni siquiera quienes braman desde púlpitos televisados proponen quemar vivos a los herejes ni aplicar la estrapada a los judíos. La pregunta

es por qué no, habida cuenta de que sus creencias suponen que serviría al bien común. La respuesta es que los occidentales actuales compartimentan su ideología religiosa. Cuando declaran su fe en edificios sagrados, profesan creencias que apenas han cambiado desde hace dos mil años; sin embargo, cuando se trata de sus acciones, respetan las normas actuales de no violencia y tolerancia, una hipocresía benevolente que todos debemos agradecer.

LOS CABALLEROS MEDIEVALES

Si la palabra «santo» merece una revisión, lo mismo pasa con la palabra «caballeroso». Las leyendas de los caballeros y las damas de la época del rey Arturo han proporcionado a la cultura occidental algunas de sus imágenes más románticas. Lancelot y Ginebra son los arquetipos del amor romántico, y sir Galahad, la encarnación de la galantería. Camelot, nombre de la corte del rey Arturo, fue utilizado como título de un musical de Broadway, y cuando tras el asesinato de John F. Kennedy se supo que a él le gustaba la banda sonora de dicho musical, se convirtió en un término nostálgico para su administración. Al parecer, el fragmento preferido de Kennedy era uno que dice: «No permitas que se olvide que, durante un momento breve y brillante, existió un lugar conocido como Camelot».

La verdad es que el verdadero modo de vida de los caballeros se olvidó, lo cual redundaba en beneficio de la imagen que tenemos del modo de vida caballeresco. El contenido real de los relatos de la caballería medieval, ambientados en el siglo VI y escritos entre los siglos XI y XIII, no era material para un musical de Broadway típico. El medievalista Richard Kaeuper calculó el número de actos de violencia extrema que aparecen en el más famoso de estos romances, el *Lancelot* del siglo XIII, y encontró uno cada cuatro páginas, aproximadamente:

Limitándonos a casos cuantificables, al menos encontramos ocho cráneos partidos (unos hasta los ojos, otros hasta los dientes, otros hasta la barbilla), ocho hombres derribados que son aplastados adrede por los enormes cascos del caballo de batalla del vencedor (de modo que se desmayan de dolor, una y otra vez) y cinco decapitaciones; se arrancan dos hombros enteros, se cortan tres manos, tres brazos son cercenados en distintos puntos, un caballero es arrojado a una hoguera y otros dos son catapultados a una muerte súbita. Un caballero ata cruelmente a una mujer con correas de hierro; Dios

mantiene a un individuo durante años en una bañera de agua hirviendo; otro casi es alcanzado por una lanza. Las mujeres suelen ser raptadas, y en un momento dado nos enteramos de cuarenta violaciones [...].

Más allá de estas acciones fáciles de enumerar, hay informes de tres guerras privadas (en un caso, con cien víctimas en un bando, y quinientas por envenenamiento en el otro) [...]. En un torneo, para animarlo, Lancelot mata con su lanza al primer caballero que se encuentra y acto seguido, espada en mano, «golpea a derecha e izquierda, matando caballos y caballeros al mismo tiempo, cortando pies y manos, brazos y cabezas, muslos y hombros, derribando a los que están por doquier, y dejando tras de sí una estela de aflicción, de modo que a su paso toda la tierra quedaba bañada en sangre».³⁷

¿Cómo llegaron los caballeros a tener fama de «caballerosos»? Según *Lancelot*, «Lancelot tenía la costumbre de no matar nunca a un caballero que le pidiera clemencia, a menos que hubiera jurado antes hacerlo, o a menos que no pudiera evitarlo».³⁸

En cuanto a su jactancioso tratamiento de las damas, un caballero corteja a una princesa prometiendo violar, en su nombre, a las mujeres más hermosas que encuentre; su rival promete enviarle las cabezas de los caballeros a los que derrote en los torneos. Los caballeros protegen en efecto a las damas, pero sólo para evitar que sean raptadas por otros caballeros. Según *Lancelot*, «las costumbres del Reino de Logres son tales que si una dama o una doncella viajan solas, no temen a nadie. Pero si viajan en compañía de un caballero al que otro caballero puede derrotar en combate, el vencedor puede llevarse a la dama o a la doncella del modo que desee, sin sentirse culpable ni avergonzado».³⁹ Cabe suponer que no es esto lo que la mayoría de las personas entienden hoy por *caballeridad*.

LOS ALBORES DE LA EUROPA MODERNA

En el capítulo 3 veremos que la Europa medieval se calma un poco cuando los caballeros quedan bajo el control de los monarcas en reinos centralizados. Sin embargo, los reyes y las reinas tampoco eran precisamente un dechado de nobleza.

A los escolares de la Commonwealth se les suele enseñar uno de los acontecimientos clave de la historia británica con una regla mnemotécnica:

El rey Enrique VIII con seis esposas se casó:
una murió, otra sobrevivió, de dos se divorció, a dos decapitó.

¡Decapitó! En 1536, Enrique mandó decapitar a Ana Bolena bajo la acusación falsa de adulterio y traición, porque le dio un hijo que no sobrevivió y a él le gustaba una de sus damas de compañía. Dos esposas después, tuvo sospechas del adulterio de Catherine Howard y también la envió al patíbulo. (Los visitantes de la Torre de Londres pueden ver por sí mismos el degolladero.) Enrique era, sin duda, celoso: también mandó que ahogasen y descuartizasen a un antiguo novio de Catherine, lo que equivale a decir que fue colgado por el cuello, bajado aún con vida, destripado, castrado, decapitado y cortado en cuatro.

El trono pasó al hijo de Enrique, Eduardo, y luego a su hija, María, y después a otra hija, Isabel. «Bloody Mary» (María la Sangrienta) no recibió este apodo por añadir zumo de tomate al vodka, sino por haber mandado a la hoguera a trescientos disidentes religiosos. Y ambas hermanas conservaron la tradición familiar para resolver peleas domésticas: María encarceló a Isabel y presidió la ejecución de su prima, lady Jane Grey; e Isabel ejecutó a otra prima, María, reina de Escocia. Isabel también ordenó que ahogaran y descuartizaran a ciento veintitrés sacerdotes, y que torturaran a otros enemigos con esposas triturahuesos, otra atracción de la Torre de Londres. Actualmente, la familia real británica está siendo vilipendiada por defectos que van desde la ordinariez a la infidelidad. Cabría esperar que la gente les reconociera algún mérito por no haber decapitado a un solo pariente ni haber ahogado ni descuartizado a ningún rival.

Pese a haber autorizado tantas torturas, Isabel I se cuenta entre los monarcas de Inglaterra más venerados. Su reino ha recibido el nombre de «edad dorada», en la que florecieron las artes, en especial el teatro. No es ninguna novedad afirmar que en las tragedias de Shakespeare abunda la violencia. Sus mundos imaginarios contenían niveles de brutalidad que pueden impresionar incluso a los espectadores actuales, muy habituados a la violencia. Enrique V, uno de los héroes de Shakespeare, da el siguiente ultimátum de rendición a un pueblo francés durante la Guerra de los Cien Años:

Si no, en un momento esperen ver
 Al soldado ciego y ensangrentado deshacer con turbia mano
 Los rizos de sus hijas entre agudos chillidos;
 A vuestros padres agarrados por la plateada barba,
 Y sus venerables cabezas machacadas contra los muros;
 A vuestros niños desnudos ensartados en picas.⁴⁰

En *El rey Lear*, el duque de Cornualles le arranca los ojos al conde de Gloucester («¡Fuera, jalea vill!»), por lo cual su esposa, Regan, le ordena al conde, que está sangrando por las cuencas, que se marche de casa: «Empujadle al otro lado de las puertas, y que huela su camino a Dover». En *El mercader de Venecia*, a Shylock se le concede el derecho de cortar una libra de carne del pecho del fiador de un préstamo. En *Titus Andronicus*, dos hombres matan a otro y violan a su novia, a la que le cortan la lengua y le amputan las manos. El padre mata a los violadores y cocina con ellos un pastel que hace comer a su madre, a la que también mata antes de matar a su propia hija por haber sido violada; luego lo matan a él y a su asesino.

Las obras escritas para niños no eran menos truculentas. En 1815, Jacob y Wilhelm Grimm publicaron un compendio de viejos cuentos populares que poco a poco habían sido adaptados para niños. Comúnmente conocidos como *Cuentos de los hermanos Grimm*, esta colección es junto a la Biblia y las obras de Shakespeare una de las más vendidas y respetadas del canon occidental. Aunque en las versiones suavizadas de las películas de Disney no resulta tan evidente, las historias de los hermanos Grimm están llenas de asesinatos, infanticidios, canibalismo, mutilaciones y abusos sexuales; de hecho, son cuentos de hadas macabros. Veamos sólo las tres historias de madrastras más conocidas:

- Durante una hambruna, el padre y la madrastra de Hansel y Gretel los abandonan en el bosque para que se mueran de hambre. Los niños se encuentran una casa comestible habitada por una bruja, que encierra a Hansel y lo engorda con la idea de comérselo. Menos mal que Gretel empuja a la bruja a un horno encendido, y «la bruja impía muere abrasada de una forma atroz».⁴¹
- Al intentar calzarse los zapatos, las hermanastras de Cenicienta siguen el consejo de su madre y se cortan un dedo o el talón para que les encajen. Unas palomas advierten la sangre y, después de que Cenicienta se haya casado con el príncipe, picotean los ojos de las hermanastras, castigándolas «con la ceguera para el resto de su vida por su maldad y perversidad».
- Blancanieves suscita los celos de su madrastra, la reina, por lo que ésta ordena a un cazador que la lleve al bosque, la mate y le traiga el hígado y los pulmones para comérselos. Cuando la reina repara en que Blancanieves ha huido, intenta matarla otras tres veces, dos envenenándola y una asfixiándola. Después de que el príncipe haya reanimado a Blancanieves, la reina se cuelga en la boda, pero «ya ha-

bían calentado para ella unas zapatillas de hierro en un fuego de carbón [...]. [La reina] tuvo que ponerse los zapatos de hierro al rojo vivo y bailar con ellos hasta desplomarse muerta en el suelo». ⁴²

Como veremos más adelante, actualmente los proveedores de entretenimiento para niños son tan intolerantes respecto a la violencia que incluso algunos episodios de los primeros teleñecos han sido considerados como demasiado violentos. Y hablando de marionetas, una de las formas más populares de entretenimiento infantil en Europa —sobre todo en Inglaterra— solía ser el espectáculo de Punch y Judy. Ya bien entrado el siglo xx, esta pareja de gruñonas marionetas de mano representaban números cómicos en ornamentadas casetas de ciudades costeras inglesas. El experto en literatura Harold Schechter resume un argumento típico:

Empieza cuando Punch va a acariciar al perro de su vecino, que inmediatamente hinca los dientes en la nariz grotescamente descomunal de la marioneta. Tras soltarse del perro, Punch llama al dueño, Scaramouche, y tras algunas bromas groseras, le golpea la cabeza «arrancándosela de los hombros». Entonces Punch llama a su esposa, Judy, y le pide un beso. Ella responde pegándole en la cara con fuerza. En busca de otra salida para su afecto, Punch pide que le traigan a su bebé y empieza a acunarlo. Por desgracia, el niño escoge ese momento para ensuciarse. Hombre familiar y cariñoso, Punch reacciona golpeando la cabeza del bebé contra el escenario, y a continuación lanza al público el cuerpo muerto. Cuando Judy reaparece y descubre lo sucedido, se muestra comprensiblemente disgustada. Entonces, le arranca a Punch el palo de las manos y la emprende a golpes con él. Punch le quita el garrote y le da una paliza de muerte, y luego se pone a cantar una triunfal melodía con esta letra:

Si alguien por una mujer está atormentado
puede liberarse con una cuerda, un cuchillo
o, como yo, con un buen palo. ⁴³

Incluso las canciones infantiles de Mamá Ganso, la mayoría de las cuales datan de los siglos xvii y xviii, desentonan respecto a los estándares de lo que permitimos oír a los niños en la actualidad. El gallo Robin es asesinado a sangre fría. Una madre soltera en una vivienda precaria tiene numerosos hijos ilegítimos a los que maltrata azotándolos y haciéndoles pasar hambre. A dos niños que se han quedado solos se les permite ir a hacer un recado peligroso; Jack tiene una herida en la cabeza que podría dejarle

como secuela una lesión cerebral, mientras el estado de Jill se desconoce. Un vagabundo confiesa que arrojó a un anciano por las escaleras. Georgie Porgie acosa sexualmente a chicas menores de edad, causándoles síntomas de trastorno por estrés postraumático. Humpty Dumpty permanece en situación crítica tras un grave accidente. Una madre negligente deja a un bebé solo en la copa de un árbol con resultados desastrosos. Un mirlo desciende en picado sobre una empleada doméstica que está tendiendo ropa y le lastima malintencionadamente la nariz. Tres ratones con la vista defectuosa son mutilados con un cuchillo de trinchar. Y aquí llega una vela para iluminarte el camino a la cama, pero ¡ahí viene un hacha para cortarte la cabeza! Un reciente artículo publicado en los *Archives of Diseases of Childhood* calculó los índices de violencia en diferentes géneros de entretenimiento infantil. Los programas de televisión tenían 4,8 escenas violentas cada hora; las canciones infantiles, 52,2.⁴⁴

EL HONOR EN EUROPA Y EN EL INICIO DE ESTADOS UNIDOS

Si tenemos a mano un billete de diez dólares, miremos el hombre que aparece en él y pensemos por un momento en su vida y su muerte. Alexander Hamilton es una de las figuras más «luminosas» de la historia americana. Como coautor de los *Papeles federalistas*, ayudó a articular la base filosófica de la democracia. Como primer secretario del Tesoro de Estados Unidos, concibió las instituciones que sostienen las economías de mercado modernas. También dirigió tres batallones en la Guerra Revolucionaria, ayudó a organizar la Convención Constitucional, estuvo al mando del ejército nacional, creó el Banco de Nueva York, formó parte de la asamblea legislativa de Nueva York y fundó el periódico *New York Post*.⁴⁵

Sin embargo, en 1804, este hombre brillante hizo algo que, según los criterios actuales, fue asombrosamente estúpido. Hamilton llevaba tiempo intercambiándose comentarios maliciosos con su rival el vicepresidente Aaron Burr, y cuando Hamilton se negó a desmentir una crítica que Burr le había atribuido, el otro le retó a batirse en duelo. El sentido común era sólo una de las muchas fuerzas que habrían podido alejarle de su cita con la muerte.⁴⁶ La costumbre de los duelos ya estaba decayendo, y el estado donde residía Hamilton, Nueva York, los había prohibido. Hamilton había perdido a un hijo en un duelo, y en una carta donde explicaba su respuesta al reto de Burr enumeraba cinco objeciones a dicha práctica. Pero igualmente aceptó el duelo porque, escribió, «lo que los hombres del mundo denomi-

nan honor» no le dejaba otra opción. A la mañana siguiente fue llevado a remo por el Hudson a enfrentarse a Burr en los acantilados de Nueva Jersey. Burr no sería el último vicepresidente en disparar a un hombre, pero era mejor tirador que Dick Cheney, y Hamilton murió al día siguiente.

Tampoco Hamilton fue el único estadista americano que se vio involucrado en un duelo. Henry Clay libró uno, y James Monroe decidió que era una buena idea desafiar a John Adams sólo porque éste era el presidente de turno. Entre las otras caras de la moneda americana, Andrew Jackson, inmortalizado en los billetes de veinte dólares, llevaba balas de tantos duelos que afirmaba «sonar como una bolsa de canicas» al caminar. Incluso el Gran Emancipador de los billetes de cinco, Abraham Lincoln, aceptó el reto de batirse en duelo, si bien estableció las condiciones para garantizar que no se consumaría.

El duelo formal no fue un invento americano, desde luego. Surgió durante el Renacimiento como medida para reducir los asesinatos, las *vendettas* y las reyertas callejeras entre los aristócratas y sus séquitos. Cuando un hombre consideraba que su honor había sido puesto en entredicho, podía retar al otro a duelo y limitar así la violencia a una sola muerte, sin resentimientos con el clan o la comitiva del vencido. Sin embargo, como observa el ensayista Arthur Krystal, «la aristocracia [...] se tomaba el honor tan en serio que prácticamente cualquier ofensa se convertía en una ofensa al honor. Dos ingleses se batían en duelo porque sus perros se habían peleado. Los caballeros italianos se enfrentaban por los méritos respectivos de Tasso y Ariosto, discusión que terminaba cuando un combatiente, mortalmente herido, admitía que no había leído al poeta que estaba defendiendo. Y un tío abuelo de Byron, William, quinto barón Byron, mató a un hombre por discrepar de él sobre qué propiedad, la de uno u otro, tenía más caza».⁴⁷

Pese a las denuncias de la Iglesia y las prohibiciones de muchos gobiernos, en los siglos XVIII y XIX los duelos persistieron. Samuel Johnson defendía la costumbre al escribir que «un hombre puede disparar contra aquel que restringe sus derechos, como puede disparar sobre quien intente entrar en su casa a robar». Los duelos arrastraron a lumbreras como Voltaire, Napoleón, el duque de Wellington, Robert Peel, Tolstói, Pushkin y el matemático Évariste Galois, los dos últimos con consecuencias fatales. La preparación, el clímax y el desenlace de un duelo estaban hechos a la medida de los escritores de ficción, y sus posibilidades dramáticas fueron utilizadas por sir Walter Scott, Dumas padre, De Maupassant, Conrad, Tolstói, Pushkin, Chejov y Thomas Mann.

La historia de los duelos muestra un desconcertante fenómeno que nos encontraremos a menudo: una categoría de violencia que puede estar inmersa en una civilización durante siglos y luego desaparecer sin dejar rastro. Cuando los caballeros acordaban batirse en duelo, no peleaban por dinero o por tierras, ni siquiera por mujeres, sino por honor, esa extraña mercancía que existe porque todo el mundo cree que el resto del mundo cree que existe. El honor es una burbuja que una parte de la naturaleza humana —como el deseo de prestigio o el afianzamiento de las normas— tiende a agrandar y que otras características —como el sentido del humor— revientan.⁴⁸ Los duelos fueron decayendo en el mundo de habla inglesa a mediados del siglo XIX, y en el resto de Europa en las décadas siguientes. Los historiadores han señalado que esta institución acabó sepultada no tanto por las prohibiciones legales o la desaprobación moral como por las burlas. Si «unos caballeros solemnes acudían al “campo del honor” sólo para que la generación más joven se riese de ellos, eso era más de lo que podía soportar cualquier costumbre, por muy afianzada que estuviera en la tradición».⁴⁹ Actualmente, la expresión «dar diez pasos, volverse y disparar» es más probable que haga pensar en Bugs Bunny y Yosemite Sam que en «hombres de honor».

EL SIGLO XX

Cuando nuestro recorrido por la historia de la violencia olvidada se acerca al presente, los puntos de referencia empiezan a resultar más familiares. Sin embargo, incluso la memoria cultural del último siglo tiene reliquias que parecen pertenecer a un país extranjero.

Tomemos la decadencia de la cultura castrense.⁵⁰ Las viejas ciudades de Europa y Estados Unidos están salpicadas de monumentos públicos que hacen alarde del poderío militar nacional. Los transeúntes pueden contemplar estatuas de comandantes a caballo, esculturas musculosas de guerreros griegos bien dotados, arcos de la victoria coronados por cuadrigas o verjas de hierro forjado con la forma de lanzas y espadas. Las estaciones de metro adoptan el nombre de batallas victoriosas: en el de París está la de Austerlitz; en el de Londres, la de Waterloo. En fotografías tomadas hace un siglo aparecen hombres con llamativos uniformes militares desfilando el día de la fiesta nacional y codeándose con aristócratas en cenas elegantes. La marca visual de países con mucho arraigo abunda en iconografía agresiva, como proyectiles, armas afiladas, aves de presa y felinos

depredadores. Incluso la notoriamente pacifista Massachusetts tiene un sello en el que aparece un brazo amputado blandiendo una espada y un indio americano sosteniendo el arco y las flechas sobre un lema: «Con la espada buscamos la paz, pero en libertad». Para no ser menos, el vecino estado de New Hampshire adorna sus matrículas de coche con la siguiente divisa: «Vive libre o muere».

Sin embargo, en el Occidente actual a los lugares públicos ya no se les pone el nombre de victorias militares. En los monumentos de guerra ya no aparecen altivos comandantes a caballo sino madres que lloran, soldados cansados o listas exhaustivas de los nombres de los fallecidos. Los militares pasan desapercibidos en la vida pública, con uniformes poco vistosos y escaso prestigio entre el pueblo llano. En la plaza de Trafalgar de Londres, el pedestal de los grandes leones y la columna de Nelson fueron hace poco coronados con una escultura tan alejada de la iconografía militar como quepa imaginar: una artista embarazada, desnuda, nacida sin brazos ni piernas. En Ypres (Bélgica), un campo de batalla de la Primera Guerra Mundial que sirvió de inspiración del poema «En los campos de Flandes» y de las amapolas que se lucen el 11 de noviembre en los países de la Commonwealth, se ha levantado un monumento a los mil soldados a quienes se les dio muerte por haber desertado —hombres que en su momento fueron tratados como cobardes despreciables—. Por otra parte, los lemas de los dos estados americanos más recientes son: «Norte al futuro», de Alaska; y «La vida de la Tierra se perpetúa en la rectitud», de Hawái (aunque cuando Wisconsin solicitó la sustitución de «Granja lechera de América», una de las propuestas fue «Come queso o muere»).

El pacifismo manifiesto resulta especialmente llamativo en Alemania, país que en otro tiempo estuvo tan asociado a los valores castrenses que las palabras «teutónico» y «prusiano» llegaron a ser sinónimos de militarismo rígido. Todavía en 1964, el escritor satírico Tom Lehrer expresaba el miedo generalizado ante la posibilidad de que Alemania occidental participase en una coalición nuclear multilateral. En una nana sarcástica, el cantante tranquiliza a un niño con estas palabras:

En otro tiempo los alemanes eran belicosos y mezquinos,
 Pero no podía volver a pasar.
 En 1918 les dimos una lección,
 Y desde entonces apenas nos han vuelto a molestar.

El miedo a la revancha alemana revivió en 1989, cuando cayó el Muro de Berlín y las dos Alemanias empezaron a hacer planes para su reunificación. Incluso hoy en día la cultura alemana sigue atormentada por la mala conciencia sobre su papel en las guerras mundiales y la sociedad alemana siente repugnancia hacia cualquier cosa que pueda asociarse a la fuerza militar. La violencia es tabú incluso en los videojuegos, y cuando la marca de juguetes Parker Brothers intentó introducir una versión alemana del Risk, el juego de mesa en el que los jugadores se proponen dominar un mapa del mundo, el gobierno alemán trató de censurarlo. (Al final se volvieron a redactar las reglas de modo que los jugadores «liberaban» territorios del adversario en vez de conquistarlos.)⁵¹ El pacifismo alemán no es sólo simbólico. En 2003, medio millón de alemanes se manifestaron en contra de la invasión americana de Irak. Son famosas las palabras del secretario de Defensa americano, Donald Rumsfeld, en las que criticaba a Alemania considerándola parte de «la vieja Europa». Dada la historia de guerra incesante en este continente, puede que el comentario haya sido la muestra más flagrante de amnesia histórica desde el estudiante que se quejaba de los clichés en Shakespeare.

Muchos de nosotros hemos vivido otro cambio en las sensibilidades occidentales hacia el simbolismo militar. Cuando en las décadas de 1940 y 1950 se dieron a conocer las armas militares supremas, las bombas nucleares, la gente no sintió rechazo pese a que hacía poco esas armas habían acabado con un cuarto de millón de vidas y amenazaban con aniquilar a cientos de millones más. No, ¡el mundo las encontraba adorables! Un traje de baño sexi, el biquini, tomó el nombre de un atolón de la Micronesia que se había evaporado debido a las pruebas nucleares porque el diseñador comparó la reacción de los espectadores con una explosión atómica. Absurdas medidas «de defensa civil» como refugios antinucleares en el patio trasero o ejercicios escolares de agacharse y taparse alimentaron la falsa ilusión de que un ataque nuclear no sería gran cosa. Hasta el día de hoy, numerosos signos de refugio nuclear con el triple triángulo se han estado oxidando en las entradas de sótanos de numerosas escuelas y bloques de pisos americanos. En muchos logotipos comerciales de la década de 1950 aparecían nubes en forma de hongo, por ejemplo en las golosinas Atomic Fireball Jawbreaker, el Atomic Market (una tienda de comestibles familiar no lejos del MIT), y el Atomic Café, que prestó su nombre a un documental de 1982 sobre la extraña despreocupación con que el mundo trató el asunto de las armas nucleares a principios de la década de 1960, cuando por fin se empezó a asimilar el horror que suponía.

Otro cambio importante que hemos vivido es la intolerancia creciente a las demostraciones de fuerza en la vida cotidiana. Hasta hace pocas décadas, la predisposición de un hombre a usar los puños como respuesta a un insulto era señal de respetabilidad.⁵² Actualmente es un signo de zafiedad, un síntoma de un trastorno del control de los impulsos, un billete para recibir terapia de «gestión del enfado».

Un incidente producido en 1950 ilustra el cambio. El presidente Harry Truman había visto en el *Washington Post* una reseña desfavorable de una actuación de su hija Margaret, cantante en ciernes. Truman escribió una nota con membrete de la Casa Blanca al crítico en cuestión. La nota decía: «Espero que un día nos encontremos. Cuando suceda, necesitará usted una nueva nariz, un montón de bistecs para los ojos morados y quizás unos suspensorios». Aunque los escritores acaso comprendan este impulso, en la actualidad una amenaza pública de agresión contra un crítico de este calado parecería una payasada realmente siniestra si viniera de alguien que está en el poder. No obstante, en su época, Truman fue muy admirado por su gallardía paterna.

Y si reconocemos la expresión «petimetre de tres al cuarto» seguramente estaremos familiarizados con los icónicos anuncios del programa de culturismo Charles Atlas, que a partir de la década de 1940 apareció en revistas y libros de cómics. Un argumento típico sería el de un ectomorfo agredido en la playa delante de su novia. Se esconde en casa, da un puntapié a una silla, compra un sello de diez centavos, recibe instrucciones para un programa de ejercicios, y regresa a la playa para vengarse de su agresor y recuperar así su crédito ante la radiante joven (figura 1.1).

Por lo que se refiere al producto, Atlas se adelantó a su tiempo; no fue hasta la década de 1980 cuando se disparó la popularidad del culturismo. Pero si hablamos del marketing, pertenecía, sin duda, a otra época. En la actualidad, en los anuncios de gimnasios y toda la parafernalia de ejercicios no figuran los puñetazos como algo necesario para recuperar el honor masculino. Las imágenes son narcisistas, casi homoeróticas. Se muestran pecto-



FIGURA 1.1. Violencia cotidiana en un anuncio de culturismo, década de 1940.

rales abultados y tensados abdominales en artísticos primeros planos para admiración de ambos sexos. Prometen ventajas en belleza, no en poder.

Aún más revolucionario que el desprecio de la violencia entre los hombres es el desprecio de la violencia contra las mujeres. Muchos *baby boomers* sienten nostalgia de *The Honeymooners*, una comedia de la década de 1950 en la que Jackie Gleason representaba a un fornido conductor de autobús cuyos planes para hacerse rico son ridiculizados por su sensata esposa, Alice. En uno de los recurrentes fragmentos cómicos, un Ralph furioso agita el puño cerrado ante ella y brama: «¡Un día de éstos: Alice, un día de éstos... PAF, te irá ¡directo a los morros!»). (O, a veces: «Pam, zas, ¡directa a la luna!»). Alice siempre se ríe, no porque desprecie a los que maltratan a las mujeres, sino porque sabe que Ralph no es lo bastante hombre para hacerlo. Hoy en día, nuestra sensibilidad ante la violencia contra las mujeres hace que, en un programa corriente de televisión, este tipo de humor sea inconcebible. Veamos también el anuncio de la figura 1.2, que aparecía en 1952 en la revista *Life*.

En la actualidad sería totalmente intolerable la publicación de este tratamiento pícaro y cargado de erotismo de la violencia doméstica. No era el único ni mucho menos. En un anuncio de la década de 1950 de

Si tu marido se entera algún día

de que no has «probado» el nuevo café...

... si descubres que sigues arriesgándote a comprar café pasado, insípido... ¡pobre de ti! Porque ahora ya puedes asegurarte de que el café es fresco antes de comprar




EMPAQUETADO
A PRESIÓN

FIGURA 1.2. Violencia doméstica en un anuncio de café, 1952.

unas camisas Van Heusen, una esposa también recibe una zurra; y en uno de 1953 de máquinas franqueadoras de la marca Pitney-Bowes aparece un jefe exasperado gritándole a una testaruda secretaria con una leyenda que reza: «¿Es siempre ilegal matar a una mujer?». ⁵³

Y luego está el musical con más tiempo en cartelera, *The Fantasticks*, con su cancioncilla tipo Gilbert y Sullivan *Depende de lo que pagues* (cuya letra se basaba en una traducción de 1905 de la obra *Les Romanesques*, de Edmond Rostand). Dos hombres traman un secuestro en el que el hijo de uno rescatará a la hija del otro:

Puedes violar con énfasis.
 Puedes violar con cortesía.
 Puedes violar a indias.
 Una imagen preciosa de veras.
 Puedes violar a caballo.
 Todos dirán que es nuevo y alegre.
 Así que, ya ves, el tipo de violación
 Depende de lo que pagues.

Aunque el verbo *violar* se refería más al rapto que a la agresión sexual, entre el estreno de la obra en 1960 y el final de su permanencia en cartel en 2002 la sensibilidad ante la violación había cambiado. Tal como me explicó el libretista Tom Jones (nada que ver con el cantante galés):

A medida que pasaba el tiempo, la palabra empezó a preocuparme. Lentamente, muy lentamente, empecé a caer en la cuenta de ciertas cosas. Titulares en los periódicos. Relatos de brutales violaciones en grupo. Y también «violaciones en citas». Empecé a pensar que «no era divertido». Cierto, no estábamos hablando de una «verdadera violación», pero sin duda las risas derivaban, en parte, del impacto producido por el uso de esta palabra de manera cómica.

A principios de la década de 1970, el productor de la obra rechazó la petición de Jones de reescribir la letra, si bien le permitió añadir a la canción una introducción en la que explicaba el significado «deseado» de la palabra, y también reducir el número de repeticiones de la misma. Cuando en 2002 dejó de representarse la obra, Jones reescribió la letra de arriba abajo para una nueva puesta en escena en 2006, y se le garantizó legalmente que en cualquier producción de *The Fantasticks*, en cualquier lugar del mundo, sólo se representaría la nueva versión. ⁵⁴

Hasta hace poco, los niños también eran objetivos legítimos de violencia. Los padres no sólo daban palizas a sus hijos —castigo hoy prohibido en muchos países—, sino que normalmente usaban algún instrumento, como un cepillo o una pala, o dejaban al descubierto las nalgas del niño para incrementar el dolor y la humillación. En una secuencia habitual en las historias infantiles de la década de 1950, una madre avisaba a su hijo travieso diciéndole: «Ya verás cuando llegue tu padre». Tras lo cual el padre —más fuerte— se quitaba el cinturón para azotar al niño. Entre otros medios habitualmente descritos para castigar a los niños con dolor físico se incluía mandarles a la cama sin cenar o lavarles la boca con jabón. Los niños dejados a merced de adultos no emparentados directamente con ellos eran tratados aún con mayor brutalidad. Y no hace tanto, se castigaba a muchos escolares con métodos que actualmente serían calificados de «tortura» y que podrían llevar a los profesores que los practicaran a la cárcel.⁵⁵

En la actualidad, a la gente le parece que el mundo es un lugar excepcionalmente peligroso. Resulta difícil seguir las noticias sin un creciente temor a que aparezcan atentados terroristas, a un choque de civilizaciones o al uso de armas de destrucción masiva. Sin embargo, tendemos a olvidar los peligros que llenaban las noticias hace unas décadas, y parecemos indiferentes ante el hecho de que muchos de ellos hayan quedado en nada. En capítulos posteriores daré cifras según las cuales las décadas de 1960 y 1970 fueron una época mucho más brutal y amenazadora que la actual. De momento, conforme al espíritu de este capítulo, expondré mis argumentos de forma poco sistemática.

Me gradué en la universidad en 1976. Como muchos alumnos, no recuerdo el discurso de ceremonia de graduación que me situó en el mundo de los adultos. Por eso, puedo inventarme uno. Imaginemos la siguiente previsión de un experto sobre el estado del mundo a mediados de la década de 1970:

Señor director, miembros de la facultad, familia, amigos y clase de 1976. Estamos ante un momento de grandes desafíos. Pero también de grandes oportunidades. Cuando emprendáis vuestra vida como mujeres y hombres formados os pido que devolváis algo de lo que habéis recibido a vuestra comunidad, que trabajéis por un futuro más brillante y que intentéis convertir el mundo en un lugar mejor.

Dicho esto, tengo algo más interesante que deciros. Quiero compartir mi idea de cómo será el mundo en vuestro trigésimo quinto reencuentro. El

calendario ya corresponderá a un nuevo milenio, y os habrá llevado a un mundo que ahora es inimaginable. No estoy refiriéndome a los avances de la tecnología, aunque sin duda tendrán efectos que apenas podemos concebir. Me estoy refiriendo a los avances en la paz y la seguridad humana, que aún os resultarán más difíciles de imaginar.

El mundo de 2011 seguirá siendo un lugar peligroso, desde luego. Durante los próximos treinta y cinco años habrá guerras, como hoy, y genocidios, como hoy, algunos en sitios donde nadie lo habría previsto. Las armas nucleares todavía constituirán una amenaza. Algunas de las regiones violentas del mundo continuarán siendo violentas. Sin embargo, habrá cambios inconmensurables superpuestos a estas constantes.

Ante todo, la pesadilla de estar encogidos de miedo en refugios nucleares —el día del Juicio Final en una Tercera Guerra Mundial— tocará a su fin. En una década, la Unión Soviética firmará la paz con Occidente, y la Guerra Fría terminará sin que se dispare un solo tiro. China también dejará de ser una amenaza militar; en realidad, se convertirá en nuestro principal socio comercial. En los próximos treinta y cinco años no se utilizará arma nuclear alguna contra ningún enemigo. Es más, no habrá absolutamente ninguna guerra entre los países importantes. La paz en Europa occidental seguirá de manera indefinida, y en el transcurso de cinco años los incesantes enfrentamientos en el este de Asia también darán paso a una larga paz.

Hay más buenas noticias. Alemania oriental abrirá su frontera, y alegres estudiantes con mazos harán añicos el Muro de Berlín. Desaparecerá el Telón de Acero, y los países de Europa central y oriental serán democracias liberales libres del dominio soviético. La Unión Soviética no abandonará el comunismo totalitario, pero dejará de existir por voluntad propia. Las repúblicas que Rusia ha ocupado durante décadas y siglos serán estados independientes, muchos de ellos democráticos. En la mayoría de los países, esto pasará sin que se derrame una sola gota de sangre.

El fascismo también desaparecerá de Europa, y luego de casi todo el resto del mundo. Portugal, España y Grecia llegarán a ser democracias liberales. Al igual que Taiwán, Corea del Sur y la mayor parte de Sudamérica y Centroamérica. Los generalísimos, los coroneles, las juntas, las repúblicas bananeras y los golpes militares anuales abandonarán la escena prácticamente en todo el mundo desarrollado.

Oriente Medio también nos tiene reservadas algunas sorpresas. Acabamos de vivir la quinta guerra entre Israel y los países árabes en veinticinco años. Estas guerras han matado a cincuenta mil personas y recientemente han amenazado con arrastrar a las superpotencias a un enfrentamiento nuclear. Sin embargo, dentro de tres años el presidente de Egipto abrazará al primer ministro de Israel en la Knesset, y ambos firmarán un tratado de paz que seguirá vigente hasta un futuro indefinido. Jordania también establecerá

una paz duradera con Israel. Siria participará en esporádicas conversaciones de paz con Israel, y los dos países no entrarán en guerra.

En Sudáfrica quedará desmantelado el sistema de *apartheid*, y la minoría blanca cederá el poder a la mayoría negra. Esto sucederá sin guerra civil, sin baño de sangre, sin recriminaciones violentas contra los antiguos opresores.

Muchos de estos avances serán el resultado de largas y valientes luchas. Pero otros sucederán sin más, cogiendo a todos por sorpresa. Quizás algunos de vosotros intentaréis entender cómo ha sucedido todo. Os felicito por vuestros logros y os deseo éxito y satisfacción en los años venideros.

¿Cómo habrían reaccionado los presentes ante este arrebató de optimismo? Habrían estallado en carcajadas y compartido la sospecha de que el orador todavía estaba flipando con el ácido de Woodstock. Sin embargo, el optimista habría acertado en todo.

Ningún turista es capaz de entender un país en una visita de un día a una ciudad, y no espero que este rápido recorrido a través de los siglos haya convencido al lector de que el pasado fue más violento que el presente. Estamos de nuevo en casa y seguramente nos asedian las preguntas. ¿No seguimos torturando? ¿No fue el siglo xx el más sangriento de la historia? ¿No hay nuevas formas de guerra que han sustituido a las viejas? ¿No estamos viviendo en la era del terror? ¿No decían en 1910 que la guerra era algo obsoleto? ¿Y qué hay de los pollos en las granjas de cría intensiva? ¿No podrían los terroristas nucleares iniciar mañana una guerra a gran escala?

Se trata de excelentes preguntas a las que intentaré dar respuesta en el resto del libro con ayuda de estudios históricos y datos cuantitativos significativos. De todos modos, espero que este capítulo haya preparado el terreno al recordarnos que, pese a todos los peligros que afrontamos hoy, los de ayer eran aún peores. Los lectores de este libro (y, como veremos, las personas de casi todo el mundo) ya no tienen por qué temer ser secuestrados y obligados a la esclavitud sexual, al genocidio por mandato divino, a los torneos y los circos letales, al castigo en la cruz, el potro, la rueda, la hoguera o la estrapada por tener creencias impopulares, a la decapitación por no dar a luz un hijo varón, al destripamiento por haber tenido una cita con un miembro de la familia real, a los duelos a pistola para defender el honor, a los puñetazos en la playa para impresionar a su novia, o a la posibilidad de una guerra mundial nuclear que pondría fin a la civilización y a la vida humana.